

Ideología neoliberal y ciencia

Javier Blanco

Universidad Nacional de Córdoba

Pensar la ciencia, en situación, en situación política, en Argentina luego de doce años de un gobierno popular y dos de un gobierno neoliberal, de una derecha colonial. En este marco, resulta significativa la continuidad entre ambos gobiernos del ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva como prueba insoslayable del imperio de la visión instrumental de la ciencia y la técnica, como “resolución” empírica del inagotable debate que en Argentina podríamos decir que se inició, o se potenció, con la aparición en 1971 del número 10 de la revista *Ciencia Nueva*, y su reedición parcial en el libro *Ciencia e Ideología*. El mito de la *neutralidad* de la ciencia adquiere forma burocrática, administrativa. Y como tal, muestra su estrepitoso fracaso.

En el Encuentro Federal de Ciencia y Universidades, realizado el 16 de diciembre de 2017 en la Universidad de Quilmes, las discusiones oscilaron entre la defensa del financiamiento para ciencia y técnica y los roles o tareas políticas de los científicos en una época de retroceso de lo público. Participaron, entre otras, científicas comprometidas, ex-funcionarios de ciencia y técnica, miembros activos de distintos organismos públicos, sindicatos universitarios y de entidades de investigación y desarrollo, estudiantes y militantes sociales. Grupos de interés que balbuceamos un debate indispensable, intentamos acuñar conceptos, ideas, análisis que nos permitan orientarnos. El momento histórico combina la amenaza del desfinanciamiento con la ausencia de líneas directrices. En los doce años previos, la política pública del estado parecía delinear las necesidades de conocimiento para un proyecto de desarrollo tecnológico llamado a cambiar la matriz productiva del país. Con matices, los mismos significantes persisten, pero ahora despojados de cualquier correlato con las prácticas científicas realmente existentes, con un sistema que cruje por todos lados, pero sobre todo en su capacidad de reproducción, en las posibilidades de auto-transformación.

En este marco difícil, creo importante deconstruir ciertas dicotomías constitutivas del sentido común de los científicos, ver los múltiples matices y posiciones ex-céntricas posibles frente a discusiones abstractas. Ciencia pura vs. ciencia aplicada, ciencia para el pueblo vs. ciencia libre, científicos auto-referenciales vs. científicos comprometidos, etc. La amenaza llama a constituir una unidad colectiva elemental, donde las formas de identificación subyacentes emergen como reaseguros de una pertenencia des-problematizada. “Toda ciencia es necesaria, nunca se sabe dónde va a aparecer algún descubrimiento importante” clama un ex-funcionario de buena gestión entonces, siguiendo una afirmación similar dicha anteriormente por una integrante del directorio de Conicet. “Necesitamos una ciencia que se ocupe de los problemas del pueblo” recita más tarde un militante social en un taller sobre *Ciencia, Universidad y Organizaciones Políticas*. Diferentes posiciones, a priori incompatibles pero que podrían pensarse en movimiento, tensiones que estructuran este espacio tan necesario.

Como ya nos recordaba Varsavsky, existen, y son legión, científicos con preocupaciones sociales y políticas, que asumen compromisos personales importantes, pero que siguen haciendo ciencia según los standards de las grandes editoriales y centros del primer mundo. La interpelación política, la preocupación por el contexto de aplicación de la ciencia, el tiempo propio dado a la solución de problemas sociales, son puntos de partida, momentos de interrupción de la práctica heredada que podrían dar lugar a una interrogación más elaborada, más profunda, acerca de las condiciones de producción científica, los constreñimientos de la evaluación académica, la encarnizada competencia entre *pares*, la paradoja de una

actividad intelectual tan demandante como irreflexiva. Ahora ya sabemos que el sistema científico es un sistema atravesado por formas diversas, legítimas o espurias, de ejercicio del poder, que la comunidad científica se constituye social y culturalmente a partir mezquindades análogas a las de otras comunidades, con el peligro agregado de su in-conciencia de este hecho, del imaginario altruista que Robert Merton supo enunciar.

Los estudios sociales de la ciencia a partir de la década de 1970 han revelado un panorama poco complaciente con estas mitologías. En la misma época, se dio en Argentina y Latinoamérica un desarrollo del pensamiento político de la ciencia al interior de la comunidad científica, proponiendo formas de articulación del trabajo de los científicos con proyectos nacionales de desarrollo e incluso con proyectos de cambio social y político. Los años noventa fueron devastadores con los vestigios que quedaban de ese pensamiento y con sus herederos. Los sistemas de incentivos, la consolidación del recuento curricular como única forma de evaluación y de distribución de fondos, acabaron con cualquier intento de pensamiento colectivo, de *pérdida de tiempo*. La aparición del pseudo-concepto de *excelencia académica* se volvió el síntoma y el significante que comenzó a estructurar el campo.

Este estado de cosas se consolidó en los últimos años. Incluso se volvió un imperativo ético de la comunidad científica comprender y *jugar el juego* de los índices y los rankings. Orden opresivo y jibarizante que se instaló tanto administrativa como culturalmente. Los atisbos de resistencia que empiezan a manifestarse provienen tanto de una preocupación política como epistemológica, de constatar el indisimulable sesgo neoliberal de la producción científica actual y de advertir que la propia aventura científica está obturada por prácticas repetitivas y superficiales. En este sentido, tanto *la ciencia por la ciencia misma* como *la ciencia para el pueblo* parecen amenazadas por la misma ideología. En diferentes lugares, en diferentes disciplinas, aparecen declaraciones de alarma, búsquedas de otras maneras de hacer ciencia, de evaluar la ciencia, de aplicarla. Sin saberlo, muchos repiten el gesto de los pensadores argentinos y latinoamericanos de los años '70, poniendo en foco las prácticas académicas desde la perspectiva de sus propios actores, dando lugar al inicio de una ciencia reflexiva. Tomamos como ejemplo a un conjunto de universitarios belgas y franceses que publicaron en 2014 la *Charte de la désexcellence*, un manifiesto en el que denuncian la nueva ideología de la *excelencia* y sus nefastas consecuencias (mi traducción):

“Aunque en el mundo universitario la ideología de “la excelencia” ha llegado más tarde que en otros ámbitos, ha sido adoptada con el fervor de los nuevos conversos. [...]”

Tras una década de reformas ininterrumpidas, se observa en la actualidad un progresivo deterioro y no una mejora de nuestro universo de trabajo. Es cierto que hemos crecido en capacidad de comunicación, en capacidad de producir “indicadores de excelencia” que garantizan un buen posicionamiento en las evaluaciones y las clasificaciones. Pero todo esto no dice nada de la calidad de nuestro trabajo. Peor aún, estos crecimientos esconden muchas veces una baja de dicha calidad: formateo de los campos y los objetos de investigación, multiplicación de resultados inválidos y fraudes, ausencia de espíritu crítico, mercantilización del aprendizaje, sustitución de saberes teórico-reflexivos por saberes instrumentales. Tras el falso decorado, esta política de “la Excelencia” lleva de hecho a un resultado exactamente inverso al que pretendía promover”.

También formulan una serie de compromisos a tomar por los docentes e investigadores universitarios para combatir este flagelo. Entre los múltiples puntos considerados, retomo uno de los concernientes a la tarea de investigación:

“Rechazar las actuales lógicas de evaluación y clasificaciones que ponen en competición a los investigadores y a los grupos de investigación haciendo que peligre el trabajo colaborativo:

- no dando validez a los rankings internacionales, cuyas finalidades y métodos deben ser incansablemente denunciados.
- solo participando o sometiéndonos a evaluaciones con la condición de que promuevan

autoevaluaciones decididas por los propios grupos de investigación. Esto significa que los criterios de evaluación han sido discutidos colegiadamente y versan esencialmente sobre los contenidos;

- no aplicando sistemas de evaluación de la investigación basados en grillas estandarizadas.
- rindiendo cuentas a la sociedad, pero sin que esto implique ser dependientes de la demanda social o privada. Es necesario defender la perspectiva de una investigación a la escucha del mundo, pero lo suficientemente autónoma para que no le sean impuestas sus agendas.”

En Valencia nos encontramos hoy con el colectivo *Indocentia*, quienes entre otras cosas se preguntan: Profesores universitarias, científicos, investigadoras ¿En qué nos estamos convirtiendo? La respuesta que dan es lapidaria por su simpleza y precisión: en empresarias de nosotras mismas.

Es ya claro, para ellos y para nosotras, que la interpelación a los investigadores no es ya ideológica sino subjetiva. La disputa no es por qué tipo de ciencia hacemos, qué maneras tenemos de investigar, sino cómo nos constituimos a partir de prácticas académicas, quiénes devenimos a partir de las inscripciones que vamos dejando en las grillas programadas del Sigeva y sistemas análogos.

Como última indicación en este esbozo de las amenazas actuales a las prácticas académicas, tomo la idea de varios pensadores de la Escuela de Frankfurt de que el discurso científico es el principal discurso legitimador. Estas formas discursivas son usadas hoy como marco justificatorio de la *posverdad*, es decir, de la distorsión deliberada de la verdad orientada a una apelación emocional del destinatario. Uno de los campos predilectos de los acólitos de esta industria ideológica es el de las neurociencias, las que, a partir de lecturas falaces o parciales, suelen ser usadas para justificar afirmaciones políticamente sesgadas hacia diversas formas de determinismo que volverían inútiles las prácticas educativas y emancipatorias. De manera opuesta pero complementaria, el uso de tecnologías cognitivas para el marketing político permanece innominado pero actúa como creciente amenaza a la constitución de sujetos colectivos indispensables para la política democrática. Formas espurias de *cientifización* de la política que suman más razones para responder, en clave benjaminiana, con un llamado a la politización de la ciencia.

Recibido: 23 de diciembre 2017

Aceptado: 25 de diciembre 2017